

cendit in eam Filius Dei quasi ros. (Idiota de B. V. Contem-  
plat 18.)

Aurora de qua nascitur sol justitiae. (S. Petr. Damian Serm.  
de Assumpt)

—Aurora quae procedentis temporis, quod quasi nox fue-  
rat, finis exstitit, et verae lucis gratiae Solisque justitiae,  
qui ex ipsa progenitus est, proeventrix, et antelucanum si-  
dus fuit. (Hugo de Sanc Victore. Serm. de Nativit del As-  
sumpt. B. M. V., qui est 34.)

—Aurora vere, in qua finitae sunt tenebrae et inchoata  
lux, finivit noctem et diem inchoavit, eo ipso quod Solem  
justitiae generavit, (Guillelm. Parvus in Cant. V)

—Aurora, quia sicut aurora consurgens de tenebris vi-  
detur procedere, et post modum quasi pariendo producere  
solem, ita Beata Virgo processit ex antiquis patribus qui  
in tenebris peccatorum, et in caligine ignorantiae, et sub  
umbra legis erant, et ipsa velut aurora nobis peperit verum  
solem, (Richardus a San Laurent. de laudib. Virg. lib. VIII.)

—Aurora consurgens, ex qua ortus est sol justitiae et sa-  
nitas in pennis ejus. (Malach. IV). Albertus Magnus in  
Postillis super. cap. I. Math.)

—Aurora quae de se sola solem produxit. (Id. super Mis-  
sus est. cap. 53.)

—Aurora consurgens, quia Mater Christi justitiae So-  
lis existens, et nostrae salutis exordium, et media inter le-  
gem et gratiam, hoc est, inter noctem et diem fuit. (Rober  
Bellarmin in conc. de Nativit. B. . .)



*Tomada  
razón* SERMON

Predicado por el Sr. Pbro

D. PONCIANO PEREZ,

PARA ALABANZA DE LA

Madre Santísima de la Luz,

el día 3 de Junio de 1908,

en la festividad que á honor suyo, celebraron

el Ilmo. Sr. Obispo y V. Cabildo

DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE LEON,

Como Patrona de la Ciudad y de toda la Diocesis.



LEON, 1908.

IMPRESA GUADALUPANA.— CONDESA 11 Y 13.



✠  
JHS

Maria de qua natus est Jesus  
qui vocatur Christus. 1

María de la cual nació Jesús  
que se llama Cristo.

S. Mateo C. 1 v. 1

**C**OMO á israelita cautivo en Babilonia, sentado sobre la  
márgenes del Eufrátes cuando ocupan á mi alma sola-  
mente tristes memorias, y llorando veo colgada mi cítara  
instrumento de mis antiguas alegrías, bajo las ramas de los saú-  
ces que gimen como yo al soplo del aguilón; oigo que me dicen  
"Contadme un himno de los cánticos de Sión: descolgad el Arpa  
de David, y repetid los cánticos de la Jerusalem divina: suen  
vuestra voz de regosijo y alavanza como sonido festivo del que  
esta en banquete." Mi alma conturbada dentro de mi mismo  
¿cómo me regosijaré? ¿como cantare los cánticos del Señor en tie-  
rra agena? . . . . Al desterrado y al cautivo, solo pedidle lágr-  
mas.

Pero heme aqui descolgando de nuevo mi cítara para alabar  
oh Dios mio, y fortaleza mía Enviame tu luz y tu verdad, por  
que éstas son las que me han de guiar y llevar á tu santo monte  
y á tus tabernáculos; y entraré á tu santo altar en donde está  
Dios que renueva y alega mi juventud: aun tengo de alabar tu  
misericordia, que vas extendiendo de generación en generación



por medio aquella que bendecirán todos los siglos: aun tengo de cantar la humildad de tu esclava; de aquella Virgen á quien largas el cetro del mundo en señal de tu amor y de su poderio. Hermanos míos, aquí en esta angusta Básilica, en este Santuario donde se respira una atmósfera toda divina, siento ya que mi espíritu se rejuvenece y me baña una claridad celestial. No sé que rayos de felicidad penetran también en mi espíritu, y en que tanta fruición se arroba mi alma cuando estoy en acecho en los postigos de esta puerta del cielo; cuando me acerco á este templo de la Divinidad, para ver siquiera por los resquicios el interior de este suntuosísimo palacio. Solo sé que la bienaventuranza, y la vida y la salud se encuentran en el Señor con María: solo sé que con ella siempre encontramos á Jesús, ese niño divino, resplandor de la gloria del Padre y objeto de sus eternas complacencias.

Renovado así mi espíritu, cantaré, pues, la grandeza de María. ¿Dónde hallaré un cantar nuevo, y una alabanza digna de resonar en la Iglesia de los santos? ¿qué alabanzas podrán tribuarse en la tierra á aquella cuya gloria tiene asombrado al cielo, por que ella es la gloria del mismo Señor de la gloria?

Si la grandeza de María no se perdiera en las profundidades del infinito, como su humildad en las profundidades de la nada; si su grandeza no fuera igual á su humildad, no ensayaría en la tierra sus encomios; no arrancaría á mi laúd una sola nota para logiarla. Pero sé que es tan buena, tan dulce, tan afable, tan cariñosa esta humildísima Señora Reina del cielo y de la tierra madre nuestra; se que ama con tal predilección aun al más despreciable de sus hijos; y que estima más aun gemido que un cántico; y que el tributo más grande que puede ofrecerse á su soberanía, es una lágrima; y que, en cierto modo, está más atenta á las alabanzas de la tierra, que á las del cielo; y tiene más motivos para amar á los hombres, que á los ángeles; por esto no vacilo, ni vacilare jamás, en ofrecerle, como alabanza, el humilde hocáusto de mi entendimiento y de mi voluntad, que siempre le han pertenecido por derecho de soberanía y voluntaria y libre promesa.

Dígnate, pues, oh María, que yo te alabe. Madre Santísima de la Luz, tabernáculo santo de Dios puesto en medio de esa hoguera del divino Sol; foco inmenso de luz y de amor; llama impetuosa de caridad, encendida y alimentada eternamente por el soplo del divino Espíritu. ilumina mi entendimiento, sin ofuscarlo con

el exceso de tu luz; has que arda mi corazón sin consumirse con el exceso de tu amor: por que tu luz puede deslumbrar hasta los entendimientos angélicos; y tu amor puede derretir, y aun consumir, los corazones de los serafines. Desata mi lengua, y sostenme con tu brazo divino para que no desfallezca en tu alabanza

(AVE MARIA.)

María, de la cual nació Jesús que se llama Cristo.

Dios primer principio de la creación, es también su fin último y supremo. Infinitamente poderoso y sabio para sacar las cosas de la nada, lo es igualmente para volverlas y llevarlas á su fin uniéndolas al mismo principio de donde procedieron. Pero sabemos cual es ese principio en donde estaba el Verbo; y como estaba en Dios, y el mismo era Dios; y como todas las cosas fueron hechas por el, y sin el nada se hizo; como en el estaba la vida y como esta vida que era luz de los entendimientos relampagueó en medio de las tinieblas, alumbró el caos, y las cosas aparecieron.

Ahora bien, de común acuerdo la Filosofía y la Teología nos enseñan que para alcanzar su bien final una naturaleza, es necesario que refluya al manantial de donde proviene, y que refluya por el mismo camino por donde fluyó. Luego así como todas las naturalezas intelectuales han tomado su corriente de Dios Padre por el Verbo, por el mismo Verbo, tienen que volver á subir á Dios. No hay otro camino para volver al Padre, si no el Verbo, no hay otra verdad, si no la luz que ilumina á todo hombre que viene a este mundo; no hay otra vida, si no aquel que ha dicho, *el que creó en mí aunque hubiere muerto vivirá*. Todo el que no anda por este camino, va descarriado; *el que rechaza* esta verdad y no sigue esta luz; anda en tinieblas; y, viviendo, está muerto, y morirá eternamente el que se aleje del que tiene palabras de vida eterna. Las cavilaciones de la vana Filosofía, y el orgullo de Satanás, siempre se estrellarán contra este dogma fundamental del cristianismo.

Dios, declarando la importancia de la criatura para volver por sí misma á su Criador, y la insuficiencia de los antiguos sacrificios para la expiación universal, había dicho por Jeremías: (1)

(1) C. 6—20.

para que me ofrezcáis incienso de Sabá y caña de suave olor de tierra lejana? vuestros holocaustos no son aceptos, y vuestras víctimas no me agradaron. (1) El Verbo comprendiendo esta insubordinación y aquella imposibilidad dice á su Padre: (1) sacrificio y ofrenda no quisiste, Holocaustos por el pecado no te agradaron; mas me apropiaste un cuerpo: entonces dije: heme aquí que veno: en principio del libro está escrito de mí, para hacer, oh Dios, tu voluntad. (2) Si, se necesitaba un sugeto que á la soberanía del ser, uniese la posibilidad de ser inmóvil; para que pudiera ofrecer un sacrificio tan grande y tan excelente como el mismo Dios.

Este portentoso, esta prodigiosa obra de la restauración del mundo por el Verbo, de la mediación infinita de Cristo en el universo, hasta entregar el reino á Dios y á su Padre, y cuando todo le estuviera sugeto para que Dios sea todo en todas las cosas; esta resolución universal de retorno de las criaturas á Dios, decretada eternamente, desde antes de la constitución del mundo, tenia que realizarse.

Mas los grandes acontecimientos en el orden físico y moral nunca vienen de improviso, siempre les precede alguna señal que anuncia al mundo su próxima realización. Una vez que aparece esta, todos pendientes de ella esperan la gran transformación que ha de verificarse. La redención del mundo vaticinada por los Profetas, el grande hecho, el acontecimiento universal que había de restaurarlo todo, tanto en los cielos como en la tierra, debía tener un signo á cuya aparición el cielo y la tierra debían conmoverse.

Esa grande señal, ese grandioso signo apareció en efecto veinte siglos ha y todavía está conmoviendo el cielo y la tierra. La solución de este grande y divino problema, la explicación de este misterioso signo ocupa aun en la tierra á los hombres y en el cielo á los ángeles. La Virgen que concibe y que da á luz un hijo sin dejar de ser Virgen, de que habla Isaías; la Mujer vestida del sol, que pisa sobre la luna y á quien corona doce estrellas, de que nos habla en el libro de la Revelación, es la misma que hoy estamos contemplando con religioso asombro, la que nos ha atraído con sus dulces miradas, la que nos embriaga con el místico olor de sus perfumes; la que se abre paso por en medio de nuestras tinieblas para mostrarnos esa Luz que centellea en sus brazos al través de la santa nube de la humanidad con que la ha cu-

(1) A 1 Hebreos C.—10 v. 6.

bierto para que no hiera nuestras pupilas. ¡María es el sacrosanto signo de nuestra salvación; por eso todos estamos pendientes de ella, por eso todos la amamos, y buscamos en su tierra sonrisa y creemos ver *brillar* en la dulcísima expresión de sus ojos la certidumbre de nuestra eterna felicidad!

Pero María no solamente es la estrella de Jacob profetizada por Balaam, y que como la estrella de los Magos nos lleva y conduce á Jesucristo; María no solamente es un signo de nuestra salvación sino que verdaderamente ha cooperado á la obra grandiosa de nuestra redención.

El angélico maestro, investigando si acaso hubiere sido necesario que se anunciara á la Santísima Virgen la Encarnación del Verbo en su seno purísimo, con la firmeza, claridad y profundidad que acostumbra, resuelve la cuestión diciendo: (1) fué conveniente se anunciara á la Santísima Virgen que ella había de concebir á Cristo. Primeramente, porque en la unión del Hijo de Dios con María, debía observarse un orden adecuado; esto es, que antes lo concibiera en su alma, que en su cuerpo. En segundo lugar, para que así pudiera dar un testimonio mas seguro de este Sacramento, dandosele una instrucción divina acerca de él. Tercero, para que así tuviese ocasión de someterse libremente á la voluntad de Dios, á la cual obedeció con prontitud diciendo: ¡He aquí la esclava del Señor. Por último para que se manifestara que iba á verificarse cierto matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana. Y así, por esta anunciación se pide y espera el consentimiento de la Virgen, en representación de toda la humanidad.

Esta doctrina, en su elevada sencillez, nos enseña donde debemos buscar el verdadero principio de la grandeza de María. ¡Es cierto que solo el título de Madre de Dios nos basta y sobra para darnos alguna idea de su grandeza incomparable: nos bastará decir que María es aquella de la cual nació Jesús, que se llama Cristo, para exclamar con Santo Tomás de Villanueva: ¿Qué mas deseas? ¿Qué mas buscas en esta Virgen? Te basta que sea la Madre de Dios. Pues dime, ¿qué hermosura, qué virtud, qué perfección, qué gracia, qué gloria no corresponde á esta Madre divina? Suelta las riendas de la imaginación, ensancha los horizontes del entendimiento, y forjate una Virgen Purísima, prudentísima, hermosísima; devotísima, humildísima, mansísima, toda llena

(1) P. 3 Quert. XXX. a. 2. o.